

TU ESCUELA EN CASA

Ministerio de
EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
CÓRDOBA

entre
todos

Leo, elijo y comparto con otros (Parte I)

NIVEL DE EDUCACIÓN PRIMARIA / 4.º, 5.º Y 6.º GRADO
LENGUA Y LITERATURA

Palabras clave: itinerario de lecturas / descripciones / lectura /
literatura / escritura / reseñas / booktubers



ISEP

Leo, elijo y comparto con otros (Parte I)



Fuente: [Pixabay](#)

Presentación

¡Aquí les traemos una pila de libros y materiales para leer, para escuchar, para mirar! Y ustedes se preguntarán: ¿una pila de libros y materiales? Sí, así es. Y, aunque no puedan verlos porque no tienen un cuerpo de papel como los que conocemos, están aquí un poco más abajo. Bueno, no son una pila, tienen razón; más bien, son una lista de materiales a los que podrán acceder.

Vamos a acompañarlos en este primer recorrido (Parte I) con actividades que van a invitarlos a realizar diferentes acciones; al principio, los vamos a convocar a explorar, leer y mirar; luego, les propondremos elegir lo que más les interesó o les gustó. Y, finalmente, tendrán que recomendar lecturas o videos a otros (sus compañeros, familiares, amigos o amigas, etc.). A prepararse, entonces, porque los materiales ya están listos para que entren, ¡ahora mismo, si quieren! ¿Vamos?

Orientaciones para la familia

¡Hola chicos, hola chicas, hola familia! ¡Qué lindo volver a encontrarnos! Y esta vez para proponer un itinerario que nos acercará a autores contemporáneos de literatura. Grandes y chicos podrán compartir, si lo desean, lecturas y videos con cuentos, historias, poemas. Se han pensado dos momentos bien delimitados. El primer momento tiene la finalidad de “degustar” lecturas y para eso se dispone de un listado de materiales (lecturas, audios y videos) que han sido seleccionados en función de la edad de los lectores. El segundo, tiene el propósito de producir una reseña para recomendar esas lecturas a otros chicos (amigos, familiares, compañeros).

Los niños y las niñas podrán, seguramente, resolver de manera autónoma las actividades propuestas, si se siguen las pautas que se les brindan para tal resolución.

:: Parada 1. Buscamos y requeetebuscamos en la “estantería virtual”

Y por acá comenzamos este circuito para andar junto a las palabras. Sí, porque hemos acomodado los materiales que encontramos y seleccionamos para ustedes en un espacio que podríamos llamar “estantería virtual”. Por este espacio se puede andar a pie o en un transporte imaginario; se puede bajar o subir; se puede entrar y salir tantas veces como uno quiera. Incluso se puede invitar a alguien para que los acompañe, alguien con quien compartir lecturas o videos.

¡Ya están invitados a pasar y pispear lo que hay! Revisen que hay para todos los gustos: libros para recorrer, leer y mirar; audios para escuchar; videos para escuchar y mirar. Podría pasar, claro que sí, que entre tanto cuento, poesía y relato encuentren títulos o autores que ya conocen, y también es muy posible que hallen otros que desconocen. ¡En esa estantería, seguro que hay algo que les va a encantar!

A ver a ver, ¡abran paso! ¡Vienen los lectores!

ACTIVIDAD 1 | Con este sí, con este no..., ¡con este me quedaría yo!

¡Qué linda tarea es la de poder buscar, mirar, leer, releer, escuchar, volver a mirar, elegir, cambiar de elección, si es necesario, para finalmente quedarnos con lo que más nos agrada, nos conmueve o nos interesa! De eso se trata esta primera actividad.


Para concretarla, les proponemos los siguientes pasos:

- ★ Realicen una primera mirada general en la estantería virtual para leer los títulos de las obras y mirar los nombres de los autores.
- ★ Hagan clic en los enlaces y comiencen a escuchar o leer el inicio del material que tienen disponible.
- ★ Recorran toda la estantería; para poder elegir, siempre es importante que podamos recorrer todo lo que se nos ofrece; y recorrer significaría, ahora, algo así como “mirar rapidito” todas las alternativas para poder conocerlas. Seguramente que así va a resultar más fácil la elección.
- ★ Si no disponen de conexión a internet, pueden realizar el recorrido por el Anexo (al final de la propuesta) en el que se encuentra la mayoría de los materiales.

- ★ Mientras van andando por los “estantes” pueden tener a mano una tablita como la que sigue para que rápidamente dejen constancia de sus preferencias y elecciones, marcando una cruz en la columna que elijan:

Título de la obra	El título me atrapó y me tentó para leer /escuchar	Conozco al autor y lo elijo porque me gusta lo que escribe	Leí o escuché el principio y me gustó el tema	Sentí curiosidad por saber lo que les pasa a los personajes	Me parece que le va a gustar a otros chicos /otras chicas como yo	Otro motivo (lo escribo para recordarlo)

Les recordamos que en las actividades que siguen tendrán que seleccionar una lectura y un video o audio para recomendar a otros chicos como ustedes. Con todas estas orientaciones, ahora sí, ¡comencemos a recorrer entonces nuestra vitrina virtual!

Título y acceso	Autor / Autora
<p>“Instrucciones para dar cuerda a un reloj” en <i>Historias de cronopios y de famas</i>.</p>  <p>Enlace: https://bit.ly/34Zm72K</p>	<p>Julio Cortázar</p>

Mafalda y el mundo



Enlace: <https://bit.ly/3i5WXU1>

Quino

Dragones desconocidos y dragones famosos



Enlace: <https://bit.ly/3IHznPi>

Istvansch

“Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen”
(Lectura colectiva)



Enlace: <https://bit.ly/34WZM5S>

Juan Gelman

“El almohadón de plumas”



Enlace: <https://bit.ly/3gT199g>

Horacio Quiroga



Enlace: <https://bit.ly/32Lir1Q>

El perro y el tiempo



Enlace: <https://bit.ly/3jFP1cs>

Daniel Moyano

El crimen casi perfecto



Enlace: <https://bit.ly/2F0IGtW>

Roberto Arlt

“El aplastamiento de las gotas”



Enlace: <https://bit.ly/3IKHE51>

Julio Cortázar

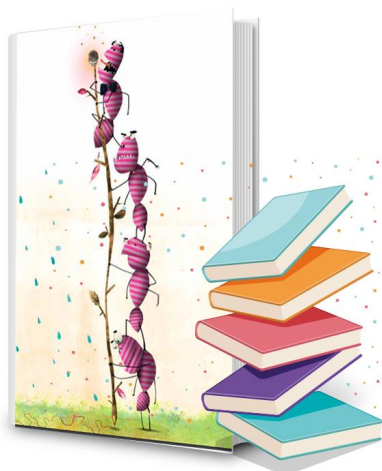
“El ojo del tigre”



Enlace: <https://bit.ly/3jRmmRR>

Gustavo Roldán

Las hormigas cantoras



Enlace: <https://bit.ly/2R1i8ux>

Laura Devetach

“Parichempre”



Enlace: <https://bit.ly/2QOcKuu>

Luis Pescetti

“Cuento con piojo y picaflor”



Enlace: <https://bit.ly/3bo7tDa>

Gustavo Roldán

“Irulana y el Ogronte”



Enlace: <https://bit.ly/2YWGyQf>

Graciela Montes

“Monstruo capilar”



Enlace: <https://bit.ly/2GghjeW>

Pablo Bernasconi

“Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte”



Enlace: <https://bit.ly/2DoNmbJ>

Magali Le Huche

“La transformista”



Enlace: <https://bit.ly/2QUWHuJ>

Esteban Valentino

“El vuelo del sapo”



Enlace: <https://bit.ly/2GldGo5>



Enlace: <https://bit.ly/2EIJBi4>

Gustavo Roldán

“Pímpate”



Enlace: <https://bit.ly/3bk4KLf>

Beatriz Ferro

“Cuento con ogro y princesa”



Enlace: <https://bit.ly/2QL1AXk>

Ricardo Mariño

ACTIVIDAD 2 | Y entonces, ¿cuáles podría elegir?

¡Uuuuuf!, qué gran recorrido han hecho, ¿no? Tal como les habíamos dicho antes, luego de realizado este camino de lecturas les vamos a pedir que seleccionen algunos de estos materiales.

¿Qué van a seleccionar?

Una lectura y un video o audio

¿Para qué van elegir?

Para recomendar a otros chicos como ustedes (amigos, amigas, compañeros, compañeras, familiares, entre otras posibilidades).

Ahora que ya eligieron, vamos a organizar la información, tanto la que pudieron recolectar mientras realizaban el recorrido como otra nueva que se nos ocurra ahora. ¡Así tendremos todo listo para continuar con la actividad que sigue!

Nos pareció una muy buena idea ofrecerles aquí algunas orientaciones para recuperar información y poder justificar la elección de las dos obras que van a recomendar.

Por eso los invitamos a:

1. Copiar la **ficha** que sigue en sus carpetas o cuadernos:

Orientaciones:	¿Qué información ya tengo y cuál agregaría?
Nombre o título de la obra elegida (lectura, video o audio)	
Autor - autora	
¿A quién o quiénes se la recomendarían?	
¿Qué aspecto de la obra les resultó más interesante y qué le comentarían a otros chicos y chicas sobre ese aspecto? Pueden elegir uno de estos aspectos para comentar o referirse a más de uno: <ul style="list-style-type: none">• de qué manera atrapa el título,	

<ul style="list-style-type: none"> ● el modo en que escribe el autor, ● sobre el tema del que se trata, ● sobre lo que le pasa a los personajes, ● otro aspecto que les gustaría comentar. <p>¡Recuerden que si es una historia no sería conveniente contar el final!</p>	
<p>Si la historia tiene imágenes o ilustraciones, ¿qué les gustaría destacar sobre esas imágenes?</p>	
<p>Si la obra elegida es un video o un audio y hay una voz que lee o relata, ¿les gustaría comentar algo acerca de la voz o el modo en que lee o narra?</p>	
<p>Si desean incluir en sus comentarios alguna frase escrita o dicha de la obra que les haya gustado de manera particular, ¿ya pensaron cuál sería? Cópíenla.</p>	

2. Tener a mano la tablita de la Actividad 1 para repasar las preferencias.
3. Completar la ficha con toda la información que consideren importante para retomar, luego, en las actividades de la Parada 2.
4. Para cada obra elegida (una lectura y un video o audio) completar una ficha particular; o sea que en total deberán tener dos fichas completas.

Pueden tomar una foto de sus producciones y compartirlas con sus compañeros en el espacio propuesto por sus docentes, guardar las hojas sueltas para el regreso a la escuela o pegarlas en sus cuadernos de clase.

:: Parada 2. De lo que elijo a lo que recomiendo

En la parada anterior ustedes pudieron nombrar muchos motivos que los llevaron a seleccionar lo que más les agradó de la estantería virtual. ¿Qué les parece si recomendamos a otros chicos y chicas leer o mirar lo que a ustedes los atrapó? Para ello, vamos a pensar juntos en lo que llamamos reseña o recomendación. ¡Sí, porque vamos a escribir una reseña! Por eso, es importante que sepamos muy bien qué es y qué características tiene.

La reseña literaria es un texto que generalmente es breve y que siempre incluye una evaluación, es decir una opinión de quien la escribe acerca de lo que leyó. Es común encontrar reseñas de novelas, cuentos o poemas; también hay reseñas de libros pertenecientes a las ciencias sociales, las artes, la ingeniería o la medicina.

Generalmente, junto a la recomendación y la opinión, se incluye también la experiencia y emoción que ha tenido el lector con un libro determinado. Entonces, ¿pueden decir en una reseña si el libro o el video les ha gustado o no? Por supuesto que sí. Es por esto que podemos encontrar reseñas favorables o desfavorables o sea que recomiendan o no el libro, el video, la película, etc.

ACTIVIDAD 3 | ¡Vamos a ver cómo es una reseña!

Para producir una reseña es muy importante saber que en ella podemos defender nuestra opinión: por qué nos ha gustado o no un texto, una película, entre otras miles de posibilidades. También la reseña puede decir cómo nos hemos sentido al leer el libro, al ver el video o al escuchar un audio; ¡podemos decir si nos ha hecho soñar, pensar, volar o ilusionarnos con algún tema!

¿Hay una única manera de elaborar una reseña? ¡No, hay distintas maneras! ¿Quieren ver? ¡La mejor manera de conocer qué es una reseña es leyendo o escuchando algunos ejemplos! Observen cuántos les proponemos:

- En este espacio les dejamos estos ejemplos de reseñas que fueron escritas por estudiantes de 6.º de una escuela de Córdoba:

"Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen"

Lo que pasa en el video es que un grupo de personas esta leyendo un poema, ellos van leyendo el poema y van diciendo cosas lindas de su ciudad y cuando lo escuche me sentí emocionado.

Yo lo recomiendo porque te va a hacer sentir distintas emociones.

Hoy que estoy tan alegre,
qué me dicen...
de Juan Gelman

"La casa tomada"

Este vídeo 360°, nos muestra la historia de una pareja que vivía muy a gusto en su casa grande y antigua, hasta que de repente pasa algo muy extraño que obliga a la pareja a abandonar la casa.

Es una historia muy atrapante, ya que, el suspenso que maneja este vídeo, te dan ganas de ver mas y mas y te deja pensando al finalizar la historia.

Casa tomada
de Julio Cortázar

"Un crimen casi perfecto"

La historia trata sobre que una mujer que cumplió 68 años e invitó a sus tres hermanos (Juan, Esteban y Pablo). Horas más tarde, se encontraba muerta. A la vista y pensamiento de muchos, se había suicidado...Pero no fue así, ya que sus 3 hermanos le tenían celos a la señora Stevens, por su gran cantidad de dinero, y pensaron que si alguno la asesinaba y lo hacían parecer como un suicidio, entonces se quedarían cada uno con: 230.000 pesos.
¿ Podrán los detectives resolver el caso...?

El crimen casi perfecto
de Roberto Arlt

LA GLORIA DE SER DIFÍCIL

Quien no ha juntado alguna vez figuritas

Este cuento es muy emotivo, te trae viejos y nuevos momentos por que cuando uno termina algún álbum uno se siente un ganador, completar un álbum también es una experiencia única y eso se VALORA.
y luego de leerlo vas a tener muchisimas ganas de tener y completar UN "ÁLBUM".

La gloria de ser difícil
de Juan Saturain

- Por aquí, les compartimos una reseña que está incluida en un espacio web dedicado a la lectura y la literatura: "[La memoria y el sol](#)" y que seguramente fue escrita por alguien que sabe muuucho sobre reseñas:
-

Breve reseña de “Agua/Cero”, de María Teresa Andruetto y Guillermo Daghero

Editorial Comunicarte tiene un fondo editorial muy nutrido y de gran calidad. Uno de sus libros publicados en el catálogo infantil es “*Agua/Cero*” de *María Teresa Andruetto* (textos) y *Guillermo Daghero* (ilustraciones). Este libro pertenece a la colección *Bicho Bolita*, dirigida a los pequeños lectores y se publicó en 2007.

Si todavía no tuviste la oportunidad de leerlo, te cuento que en este libro encontrarás los juegos de palabras inquietas, de palabras caprichosas, de palabras danzarinas. Un libro de poesía donde las imágenes y las palabras se mueven todo el tiempo y bailan, nos hacen preguntas, tienen sus ritmos y su música y de pronto se visten de caligramas. A veces la palabra es imagen, otras veces la imagen son palabras. Poesía y arte nos invitan a jugar con ellos en las páginas del libro y desde allí adonde queramos ir. A. M.

- Y en este otro rincón, miren lo que les convidamos para que escuchen: ¡reseñas habladas por chicos y chicas como ustedes! Sí, ¡son *booktubers*! ¿Saben qué son los *booktubers*? Son personas a las que les gusta mucho leer, sobre todo literatura, y que difunden en YouTube videos sobre sus propias lecturas y gustos literarios. Como podrán ver en los videos que siguen, las reseñas son comunicadas a otros lectores en forma oral y, para hacerlo, antes leen con mucha atención los libros que recomiendan:

**Reseña del libro *Historia de un amor exagerado* de Graciela Montes
(5.º grado B del “Centro Educativo Manuel Belgrano” de Río Cuarto)**



CLIC [AQUÍ](#) PARA VER EL VIDEO
Disponible en <https://bit.ly/3lxp4SK>

**Reseña del libro *El retrato oval* de Edgar Allan Poe
(6.º Grado B de la “Escuela Miguel Gerónimo Ponce” de Villa Ascasubi)**



CLIC [AQUÍ](#) PARA VER EL VIDEO
Disponible en <http://bit.ly/3yXKICP>

Ahora que pudieron realizar una primera lectura y escucha, les proponemos volver sobre los ejemplos para prestar atención a:

- La manera en que comienzan.
- Las razones que presentan para justificar por qué vale la pena leer los textos o ver los videos.
- Si aparecen algunas frases del libro o video que recomiendan.
- Si se dirigen al lector con preguntas que lo atrapen o palabras que lo inviten.

¿Ya descubrieron estos detalles? ¿Se fijaron bien? Entonces, ¡estamos listos para continuar!

ACTIVIDAD 4 | Una reseña para... ¡compartir y tentar a otros a leer!

En la actividad anterior leyeron y escucharon reseñas, pudieron observar qué característica tienen y aprendieron que una reseña puede tener el propósito de ¡tentar a otros lectores! ¿Qué tal si ahora se animan a “convidar” lecturas, libros o algunos de los videos que vieron? Para esto hay que recomendar. Para recomendar hay que escribir la reseña. ¿Se animan? ¡Vamos, entonces! ¡Van a escribir! ¡O van a grabar audios como si fueran *booktubers*! Elijan.

¡Manos a la obra!

Sugerencias para producir la reseña escrita u oral:

1. Es muy importante que no “pierdan de vista” a quién está destinada la reseña; por lo tanto, tienen que pensar todo el tiempo que escriben o hablan para un compañero o compañera del grado, para un familiar o para un amigo o amiga.
2. Pueden elaborar borradores de escritura o de audios antes de llegar a la versión final. Como ya saben, ninguna producción se desarrolla de una vez, desde el principio hasta el final; por lo tanto, estará bien escribir, borrar, tachar y reescribir o grabar distintos audios hasta llegar a la versión que deseen compartir con los otros. Ah, ¡y algo muy importante!: tengan a mano las fichas que completaron en la Actividad 2 para recuperar toda la información y avanzar con el armado de las reseñas.

3. Antes del inicio, podrían nombrar el título y el autor de la obra elegida (cuento, poesía, historieta, video, etc.); incluso se pueden colocar esos datos como título al presentar la reseña.
4. Al comienzo incluyan un brevísimo resumen de lo que leyeron, escucharon o vieron; allí pueden hablar del tema del que se trata, de los personajes, etc. No se detengan en demasiados detalles.
5. Elijan, entre todas las frases escritas o dichas que anotaron en el cuadro de la actividad 2, alguna que quieran compartir en la reseña. Recuerden que, si incorporan la frase a un texto que están escribiendo, deben ponerla entre comillas porque repite textualmente lo que se dice en la obra.
6. Para cerrar la producción, piensen qué expresión podrían dedicarle a ese otro (a quien está destinada la reseña) para “tentarlo” a leer o mirar el video.
7. Cuando ya estén seguros de que tienen la versión final, pueden pasar en limpio esa versión escrita en el cuaderno o en la carpeta (o también pueden pegar la copia que imprimieron) o graben el audio final que compartirán.

Y miren lo que les dejamos por acá: ¡un cuadro con algunas palabras que pueden ayudarlos en la producción oral o escrita!

Cómo puedo iniciar la reseña...	Cómo puedo iniciar otros párrafos...	Cómo puedo iniciar una frase después de haber terminado otra...	Si quiero escribir o citar una parte del texto que elegí (siempre va entre comillas)...	¿Qué verbos o expresiones me pueden servir?
Esta historia trata sobre...	Uno de los aspectos que quiero destacar...	En relación con...	Me gusta cuando dice: “...”	Estoy de acuerdo con...
Es la historia de...	El segundo aspecto... Otro aspecto...	Esto indica...	En esta parte: “...”	Me interesa...
Lo que pasa en el o en la...	Por lo tanto,...	En este sentido...	El autor dice: “...”	Me parece...
Cuenta la historia...	Por estas razones...	De esta manera...	La parte más linda o más interesante es cuando dice: “...”	Me agrada...

Este video nos muestra...	En cuanto a...	De esta forma...	Una parte que quiero destacar es: "..."	Recomiendo...
La lectura que escuché se trata de...	Desde esta perspectiva...	Esto apoya...		Aconsejo...
	Desde mi punto de vista...	De este modo...		Comparto...
		Como consecuencia...		
		Asimismo...		

En este primer recorrido (Parte I) han explorado, leído, mirado y escuchado muchísimas lecturas, videos y audios para poder elegir el que más les interesó o les gustó. Además, pudieron recomendar lecturas o videos a otros, sus compañeros, familiares, amigos o amigas, etc. ¡Cuánto trabajo realizado!

Hemos pensado un segundo recorrido (Parte II) en el cual, a partir de algunas de las lecturas incluidas en esta "estantería virtual", les vamos a proponer la escritura de nuevas historias y los vamos a ... ¡Cuánta intriga! ¿No? A esperar..., en poco tiempo, ¡nos volvemos a encontrar!

Referencias

- Abuelas de Plaza de Mayo. (24 de noviembre de 2015). *Gustavo Roldán lee su cuento "El vuelo del sapo"* [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/2GldGo5>
- Argentina. Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología. (2007). *Lengua 4. Segundo Ciclo EGB/Nivel Primario* [Serie cuadernos para el aula]. Disponible en <https://bit.ly/3J9Pz9S>
- Arlt, R. (s.f.). El crimen casi perfecto. En *Bajo sospecha. relatos policiales*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3YiRjSv>
- Bernasconi, P. (2010). *Monstruo Capilar*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3YgewF6>
- Canal Encuentro. (22 de abril de 2014). *"Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen", de Juan Gelman, lectura colectiva - Canal Encuentro HD* [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/34WZM5S>
- Córdoba. Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Dirección General de Desarrollo Curricular, Capacitación y Acompañamiento Institucional. Plan Provincial de Lectura (2020). *Agenda de lectura literaria*. Disponible en <http://bit.ly/3YgIDMn>
- Cortázar, J. (2014). Instrucciones para dar cuerda al reloj. En *Historias de cronopios y de famas. Fragmentos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3EOZ4sn>
- Cortázar, J. (s.f.). *Mar de poesía: "Aplastamiento de las gotas" de Julio Cortázar* [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/3IKHE51>
- Devetach, L. (s.f.). Las hormigas cantoras. En *Animales rimados y no tanto. Poesía para chicos*. Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3YgEUia>
- Ferro, B. (2010). Pímpate. En *El Libro de lectura del Bicentenario. Primaria I*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3bk4KLf>
- Istvansch. (2009). *Dragones desconocidos y dragones famosos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3Zgh5bj>
- Le Huche, M. (s.f.). Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte. En *Paka Paka*. [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/2DoNmbJ>
- Mariño, R. (s.f.). *Cuento con ogro y princesa de cuento en cuento* [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/2QL1AXk>
- Montes, G. (s.f.). Irulana y el Ogronte. En *Paka Paka*. [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/2YWGYQf>
- Moyano, D. (2015). El perro y el tiempo. En *Lecturas para encontrarnos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3y5WA5g>
- Pakapaka. (s.f.). *Cuentos: Mariana Briski lee "La transformista" de Esteban Valentino - CalibroscoPIO* - Canal Pakapaka [Archivo de video]. Disponible en <https://bit.ly/2QUWHuJ>

- Pescetti, L. M. (2020). Parichempre. En *El pulpo está crudo*. Disponible en: <https://bit.ly/3J6BLgI>
- Quino. (2014). *Mafalda y el mundo*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/41UyuZ9>
- Quiroga, H. (s.f.). El almohadón de plumas. En *Educ.ar*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3gTI99g>
- Roldán, G. (2014). El ojo del tigre. En *1.er concurso de cuentos para chicos y chicas. ¿Quién apaga las estrellas?* Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Disponible en <https://bit.ly/3jRmmRR>
- Roldán, G. (s.f.). Cuento con piojo y picaflor. Zona cuentos. En *Paka Paka* [Archivo de video]. Disponible en <http://bit.ly/3bo7tDa>
-

ORIENTACIONES PARA EL O LA DOCENTE

En las actividades de la propuesta —que contendrá dos partes— abordamos los ejes: literatura, lectura y escritura. Focalizamos en la escucha y la lectura de literatura de autor; proponemos un acercamiento, a través del visionado de videos, a producciones audiovisuales basadas en obras literarias. Por tratarse de estudiantes de segundo ciclo, se ha elaborado una especie de “estantería virtual” con espacios que los niños y las niñas podrán recorrer avanzando, con diversas entradas y salidas, en la construcción de una propia experiencia de lectura.

También se invita a los lectores a recomendar a otros niños la experiencia lectora a través de la producción de reseñas sobre alguno o algunos de los materiales ya conocidos. Para elaborar estas producciones, se acompaña la lectura y escucha de modelos para reconocer características propias de este tipo de discurso, a los fines de poder luego construir lo propio; y se acompaña el proceso brindando pautas que puedan colaborar con los pasos de la producción individual.

En la segunda entrega (Parte II) se complementa el trabajo realizado en la primera parte, con la propuesta de producción de textos ficcionales a partir de la exploración lúdica del lenguaje y el compromiso con la escritura de invención.

Los docentes podrán decidir cómo recuperan las lecturas y las producciones de sus alumnas y alumnos para dar continuidad a la propuesta, ya sea en el presente o al momento del regreso a las aulas. Esto con la posibilidad de: construir un fichero de reseñas para recomendar lectura a chicos de otros grados u otras escuelas; indagar acerca de la biografía de los autores de las obras seleccionadas para agregar al fichero; editar una publicación de los textos ficcionales que los niños autores producirán, etc.

FICHA TÉCNICA:

Secuencia: Leo, elijo y comparto con otros (Parte I)

Nivel: Primario

Grados sugeridos: 4.º, 5.º y 6.º

Área: Lengua y Literatura

Ejes curriculares

- Literatura
- Lectura y escritura

Objetivos

- Fortalecer su formación como lector de literatura, ampliando sus repertorios y avanzando en la construcción de proyectos personales de lectura.
- Participar en situaciones de producción de textos orales o escritos (reseñas y textos de invención) atendiendo al proceso de producción, el propósito comunicativo, las características del texto y la comunicabilidad.

Aprendizajes y contenidos

- Participación en situaciones de lectura, comentario e intercambio de interpretaciones de obras de autor (cuentos, poemas, etc.) con pares y adultos.
- Selección de textos literarios en función de diversos propósitos de lectura, su conocimiento del autor, del género, del tema, de editoriales y colecciones.
- Producción de apreciaciones, opiniones y recomendaciones sobre lo leído y escuchado.
- Producción de textos orales y escritos (relatos ficcionales y textos de invención) a partir de la exploración de las posibilidades lúdicas del lenguaje.

Sobre la producción de este material

Los materiales de *Tu Escuela en Casa* se producen de manera colaborativa e interdisciplinaria entre los distintos equipos de trabajo.

Autoría: Noelia Doria y Silvia Yepes

Acompañamiento disciplinar: Silvia Yepes

Didactización: Raquel Eguillor Arias

Corrección literaria: Juan Pablo Spinassi

Diseño: Carolina Cena y Ana Gauna

Coordinación de *Tu Escuela en Casa*: Flavia Ferro y Fabián Iglesias

Citación:

Doria, N.; Yepes, S. y equipos de producción del ISEP. (2021). Leo, elijo y comparto con otros (Parte I). *Tu Escuela en Casa*. Para el Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

Este material está bajo una licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.



La Comunidad de prácticas es un espacio de generación de ideas y reinención de prácticas de enseñanza, donde se intercambian experiencias para hacer escuela juntos/as. Los/as invitamos a compartir las producciones que resulten de la implementación de esta propuesta en sus instituciones y aulas, pueden enviarlas a: tuescuelaencasa@isep-cba.edu.ar



Los contenidos que se ponen a disposición en este material son creados y curados por el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos (ISEP), con el aporte en la producción de los equipos técnicos de las diferentes Direcciones Generales del Ministerio de Educación de la provincia de Córdoba.



Anexo

Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj de Julio Cortázar

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan —no lo saben, lo terrible es que no lo saben—, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia de comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Instrucciones para dar cuerda al reloj

Allá al fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Sujete el reloj con una mano, tome con dos dedos la llave de la cuerda, remóntela suavemente. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, la sombra de una mujer, el perfume del pan.

¿Qué más quiere, qué más quiere? Átelo pronto a su muñeca, déjelo latir en libertad, imítelo anhelante. El miedo herrumbra las áncoras, cada cosa que pudo alcanzarse y fue olvidada va corroyendo las venas del reloj, gangrenando la fría sangre de sus rubíes. Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes y comprendemos que ya no importa.

Dragones desconocidos y dragones famosos de Istvansch

DRAGONES ANALFABETOS

La sabiduría de los Dragones es bien conocida por todos, sin embargo, pocos autores se refieren a una casi desconocida especie de Dragones terrestres, absolutamente analfabetos. Descubiertos no hace mucho tiempo con gran sorpresa (la catalogación de Dragones se pensaba completa hace varios siglos), son de tamaño mediano y físicamente parecidos a los Dragones del Nilo. Se diferencian de sus congéneres por sus finísimas escamas, sus rutilantes párpados y, principalmente, por su completa ignorancia. Ermitaños,

pueden vivir en soledad hasta longevos. De mirada lacónica y violencia nula, la bondad es en ellos naturaleza. Si bien reticentes al trato social, cuando entran en confianza se tornan cariñosos, fieles compañeros y, sobre todo, ávidos discípulos con gran capacidad de aprendizaje. Antiguos documentos testimonian que en ciertas regiones montañosas de donde son oriundos, las madres los eligen como mascotas de sus hijos, quienes comparten con ellos sus lecciones escolares, con óptimos resultados.

Todos estos datos provienen del único ejemplar que la ciencia ha podido estudiar: un Dragón analfabeto macho llamado “Ernesto”, que vivió entre los años 1953 y 1961 en el Zoológico de Moscú. A las pocas semanas de instalado en el lugar, el Dragón aprendió a razonar escuchando a los paseantes; y sus mismos cuidadores, alentados por el boom comercial que representó su rápido aprendizaje, le suministraron una biblioteca. En pocos años pasó de hacer palotes a comunicarse con soltura con los niños y sus padres. Siguió estudios de sociología y llegó a ser tan culto que escribió tres volúmenes con sus memorias, best-sellers exitosísimos en todo el continente. Consecuencia lógica del desarrollo de su inteligencia, no tardó en desear nuevos horizontes para su crecimiento intelectual... No precisó escapar... haciendo uso de una elegancia bien aprendida, habló con palabras envolventes a las autoridades del Zoo, quienes le concedieron la libertad. Salió de su jaula con honores y voló hacia las montañas, para no volver nunca más. Eruditos y especialistas han considerado después que, quizás, los Dragones analfabetos sean los más inteligentes y suspicaces de todos los Dragones y, avivados por el ejemplar moscovita, vivan ocultos, felices y libres. Otros sostienen que todo fue una farsa orquestada para sustraer secretos conocimientos a los humanos. En Moscú todos lamentan la ausencia de aquel primer Ernesto, tan bello e ignorante, en su jaulita.

EL DRAGÓN DE SAN JORGE

Y el Dragón dijo: –Por ti cambiaría mi llama infinita en un mar de espuma. Y ella contestó: –Ni mil océanos de espuma reemplazarían un beso de tu boca de fuego ¡bésame, amor, bésame! Con estas palabras se rompió el encantamiento y la princesa volvió a ser Dragón. Cumplida mi misión, yo, Jorge, caballero armado por el Mismísimo Señor de todos los Planetas, volví victorioso a mi Reino

DRAGONES DIVINOS

Es bien sabido que son los Dragones, y no los perros, los mejores amigos de los Dioses. Y que cantan en vez de ladrar (en eso están emparentados con las Sirenas). Es secreto entre los Dioses que no fue la leche de Juno quien dio origen a la Vía Láctea, sino un Dragón del Parnaso, cuyas loas festejando la llegada al mundo de Hércules nacieron en forma de luces, se acomodaron en el Vacío y formaron las Constelaciones que —y esto es lo que nadie supo jamás—, son las notas musicales del canto de los Dragones. Tal como hubieran hecho los humanos, los Dioses atribuyeron semejante maravilla a Juno, que no lo desmintió y así quedó en la historia. Estas vanidades hacen pensar a los filósofos que otras divinidades superiores existen.

DRAGONES MARINOS

Alquimistas de todos los tiempos postulan que la ausencia de patas es lo que hace fundamentalmente distintos a los Dragones marinos del resto de los Dragones. Sin embargo, estudios recientes asignan a estos raros seres una característica aún más extraordinaria: la inmortalidad. Cuando los Dragones marinos luchan entre sí, de la agilidad de desplazamiento de sus zigzagueantes cuerpos depende el no ser alcanzados por la llama de agua de su contrincante, que prácticamente hace desaparecer a su adversario. Pero la desaparición de un Dragón marino no es su muerte. Como son peces sus células, se metamorfosean en cardumen que se sigue moviendo como aquel cuerpo ondulante. Los cardúmenes son dragones vencidos.

Quedan pocos de estos especímenes (el Monstruo del Lago Ness es el más conocido). Inmortales condenados a nadar entre los peces, fantasmas a su vez, de otros Dragones vencidos antaño. Reyes absolutos de las aguas que habitan, recordando melancólicamente otros tiempos, cuando se disputaban lagos y ríos, mares y océanos. (Los relatos de los navegantes renacentistas eran verdades).

EL DRAGÓN DE LA CHINA

Después de haber ubicado al panda entre los bambúes, al yak en las altiplanicies del Norte y a los otros animales en su lugar correspondiente, el Primer Chino les dio vida con un soplo. –¡Te olvidaste de mí! –rugió una voz de trueno. El Primer Chino, gastado su poder de hacer reales a las bestias, hizo un lugar en el horóscopo al recién llegado y pensó que con ello terminaría el episodio. Lejos de conformarse, el Dragón enfurecido lanzó su llama... y quiso el destino que esto pase en el mismo instante en que el Primer Chino creaba a los hombres. –Dios existe, Xian Lei –dijo el abuelo milenios más tarde–, el Dragón se ocupó de iluminar su infinita belleza el día de la Creación, y así lo vieron nuestros ancestros. –La historia oculta alguna disputa, abuelo –desconfió el joven–, un Dragón lanza su llama sólo cuando se enoja... –...y un Dios jamás se muestra –pensó el anciano, pero calló.

Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen de Juan Gelman

Hoy que estoy tan alegre, qué me dicen,
me miro el pecho y río, mirome
la estatura, el reloj, los pantalones,
tan alegre que me río,
la camisa me miro a carcajadas, vea usted,
este asunto comienza en mi esqueleto
(perdón por la palabra), estoy alegre
compañero, le digo, cuello arriba
y cuello abajo río, qué es no sé,

me levanté tan simple como siempre
y tan juan como suelo entré a la calle,
salud, ciudad, le dije, le acaricié
la mañana de paso, fui hasta el hombre
más triste y le di un sueño,
compañero
qué me pasa, me río y qué es no sé,
tengo un tumulto de violines vivos,
me nace un pájaro en la boca,
¡al tren!
¿quién se ha muerto? ¡mentira!
los marinos
se enamoraron de una estrella
¿y qué?
Salud, ciudad, le dije, compañero,
y en una esquina el aire le besé,
como un loco, me miran los zaguanes,
las ventanas, un árbol, qué es no sé,
me sacudo el recuerdo, los pañuelos,
las caricias de anoche, busco en
mis ojazos de pibe entre cuadernos,
violetas tiernas y una madre y qué,
y qué me pasa, estoy alegre, río, corro,
me cantan los zapatos,
los zapatos,
ciudad, ciudad, hoy te amo como nunca,
hoy no te hiero, apenas hoy si te
toco, apenas si rozo tu armadura
de asfalto y piedra y barro y hombres de
cojón y viento, apenas si te digo
mañanero, salud.
Y me detengo.
Me río.
Estoy alegre.
Y qué es no sé.

El almohadón de plumas de Horacio Quiroga

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada.. . Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatose una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pesos. A ratos entraba en el dormitorio y

proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos: —sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin dada su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

El perro y el tiempo de Daniel Moyano

-Yo no puedo alimentar también a ese perro —dijo su tío después de mirar a Gregorio y al perro, sentados al borde de la galería. Gregorio no contestó y siguió acariciándole la cabeza. Era largo, negro, de nariz partida y orejas caídas. Cuando lo azuzaban o se interesaba por algo levantaba sólo la mitad de la oreja, la parte donde los cartílagos eran más duros, y este rasgo era lo que más le gustaba al niño.

Hubiera esperado una discusión, un examen previo, algo que le permitiera exponer sus razones para tener al perro, pero su tío parecía haber calculado de antemano esa posibilidad, y por tanto su resolución, tan rápida, era simplemente algo que había que recordar, y tener en cuenta, sin posibilidad de modificaciones.

Además, sus palabras formaban parte de algunas de las leyes que regían la economía de la familia, compuesta por varios hijos propios y Gregorio.

Hacia dos días que lo tenía, y había logrado ocultarlo uno. Las palabras del tío no admitían otra interpretación, pero sabían que su tío luego olvidaría el asunto. Y eso parecía demostrar que la desobediencia era una posibilidad. Las palabras habían sido duras y quebraron todos sus presentimientos acerca de la posesión del animal, que había comenzado a cambiar tan dulcemente el ritmo de su vida. Eran ricos los choclos comidos por la noche, y después era hermoso acariciar al perro hasta dormirse mirando a través de la ventana el cielo estrellado y el aire serenísimo, como si a través de esa tranquilidad cayese silenciosamente la escarcha que al día siguiente aparecía en los baldes, en la tina, en los charcos de la calle. Y ahora esas dos cosas debían modificarse, separarse, a causa del tío, porque su tío significaba choclos, la posibilidad de comerlos al calor naciente de la cama, y el perro, y el calor y la presencia del perro, que debía ir todo unido a aquella sensación, habían sido negados por su tío con esas palabras tan rápidas y decididas. Y lo peor de todo era que él consideraba justa esa decisión. Podía recordar palabras suyas, dichas muchas veces cuando discutían con la tía sobre el sueldo, la luz, el alquiler, el carbón:

–Son muchas bocas y yo no puedo más, esto me está volviendo loco; y todavía uno más.

Sabía que su tío trabajaba todo el día y que el sueldo no alcanzaba, pero hasta allí solamente llegaba el entendimiento. Su tía, que solía llorar a solas, velaba para que aquello que él no alcanzaba a entender pudiese ser explicado de algún modo: racionaba estrictamente los alimentos, había decidido que nadie comiese fuera de las horas establecidas, vigilaba para que el carbón no se consumiera inútilmente. Y puede decirse que él entendía a medias al ver a su tía por las noches, cuando el tío se acostaba, echar agua con la pava sobre las brasas.

Cuatro cuadras hacia el sur, donde el pueblo terminaba, vendían choclos a buen precio en un ranchito que en el verano apenas se distinguía a causa del maizal. Cuando su tía lo descubrió fue un día de gran alegría para todos. Ella y los chicos fueron a comprar. Él llevaba la bolsa y después entre todos ayudaron a juntar. Le gustó el ruido de los choclos al ser arrancados de las plantas y el jugo dulce que caía de los extremos. Su tía conversó un rato con la vieja que se los vendió. Una mujer más vieja que parecía dormitar junto a una pared, cerca del brasero de lata, le dio un mate a su tía y ella lo tomó con alegría. Hablaron de varias cosas, pagaron y salieron con la bolsa llena. Los chicos saltaban sobre la tierra removida y su tía no los retó ni les dijo nada. Estaba cayendo el sol y había sido realmente un día hermoso.

–Los comeremos asados –dijo su tía cuando llegaron a la casa invadida por un silencio que era oscuridad a la vez y olor a polvo en los rincones.

Ellos trajeron leña del fondo y su tía encendió el fuego. Pelaron los choclos y después los oyeron crepitar sobre las brasas. La tía los repartía a medida que se asaban. Una mitad para cada uno, para que puedan ir comiendo de dos en dos. Todos tenían urgencias, pero algunos prefirieron esperar los últimos, que por decisión de la tía serían los más grandes.

–El que espera, come lo mejor –estableció.

Unos exigieron ser los primeros, otros aceptaron la espera.

El comer choclos por la noche se convirtió en una costumbre. Cada uno recibía el suyo y se iba a la cama. De tal manera pues, hubiera sido muy lindo llevarse el choclo casi humeante a la cama, y acostarse junto al perro, que dormía con dos niños más en una cama grande que había sido de los tíos, pero sucedía que cuando Gregorio recurría en su memoria al calor del perro, ya no había choclos y había aparecido la escarcha. De modo que la disociación de estos dos elementos gratos en su memoria no se debía solamente a las palabras de su tío sino a los misterios del tiempo.

Todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo, y ahora el perro, llamado Flecha por decisión unánime, lograba permanecer, nadie sabe cómo, pese a que su tío dijera algunas veces, discutiendo con su tía:

–Yo no puedo más, estoy viejo ya, no puedo pasarme la vida alimentando chicos.

Una de las vicisitudes duras para Gregorio fue cuando su tío ordenó que llevaran el perro al circo, donde compraban animales viejos e inútiles para alimentar a las fieras. Gregorio había llorado y su tía le dijo, después de alguna vacilación, que podía desobedecer y quedarse otra vez con el perro, siempre que lo escondiese en el cuarto vacío del fondo durante el poco tiempo que el tío permanecía en la casa. Aquella vez, mientras comían, Flecha salió del cuarto por una abertura en la puerta donde faltaba un vidrio. Su tío lo vio y no dijo nada, aunque lo creyera ya en el circo. El perro alzó las patas y las apoyó en la mesa, frente al tío, y siguió atentamente los movimientos de las manos de éste llevando los alimentos a la boca. Pero el tío no dijo nada, ni entonces ni después, mientras el perro movía la cola, pero con la cara como vuelta hacia un costado, como si lo mirase con el rabillo del ojo. Después llevó un bocado de pan a la boca y siguió mirando el plato. Acabada la comida, su tío se levantó y dijo:

–Hagan lo que quieran; yo ya no puedo decir nada.

La tía inició la sonrisa general que la frase produjo. Las manos de los chicos buscaron restos de comida para darle, pero la tía dijo entonces:

–Un momento; le vamos a dar lo que corresponda.

Alzó de la mesa dos o tres cáscaras de zapallo, que Flecha comió con avidez. En eso pasó el tío, que envejecía y caminaba como arrastrándose, y dijo sin mirar a nadie pero dirigiéndose sin duda a Gregorio:

–Pero vos le vas a dar de comer, en adelante, de la parte tuya.

Él no respondió porque estaba sintiendo que ahora Flecha era una propiedad suya, de la que no podrían despojarlo jamás.

Aquel año los choclos subieron de precio y su tía tuvo que excluirlos. Pero hacia el invierno, la posesión de Flecha significó disponer de algo que uno quería y que estaba fuera de las limitaciones impuestas por los cálculos y demás cosas incomprensibles. El perro, estirado, era en verdad más largo que Gregorio. Uno de los chicos que dormían con Gregorio fue obligado a dormir hacia los pies de la cama. Gregorio y el otro compartían la cabecera con el perro en el medio. Pero algunas veces Flecha amanecía acurrucado en la parte de los pies, y en esos casos el beneficiado con su calor, según lo que habían convenido, tenía que alimentar al perro durante todo ese día con parte de su ración.

Con el perro y la idea de los choclos la existencia era casi perfecta. Pero de eso también hacía mucho tiempo y las cosas habían cambiado.

Flecha había engordado y formaba parte de la familia. Y hacia entonces sucedió lo peor. A él no le gustó la idea, pero había partido de su tío y, lógicamente, nadie podía cambiar sus propósitos. Fue un domingo, el tío llegó al mediodía, y nadie hasta entonces se había dado cuenta de que había salido por la mañana muy temprano. Traía una jaula grande. Dentro de ella había cinco gallinas. Todos se alegraron y rieron como aquella vez que trajeron la bolsa de choclos. Su tío abrió la jaula, y después de mostrársela a todos a hurtadillas, dejó que las gallinas saltaran y corrieran libremente por el patio.

–Cierren la puerta de calle –gritó su tía, y después le dijo al tío que no debió dejarlas correr libremente sin antes cortarles las alas.

Nadie se acordó del perro, salvo Gregorio, y emplearon la siesta en construir, en el fondo, un gallinero. Su tío mismo dirigió las tareas. Cuando terminaron, su tía se puso a cebar mate y en un momento dado alguien preguntó:

–¿Y Flecha?

Gregorio sintió la mirada de su tío, que en ese momento estaba con el mate en la mano, por chupar la bombilla; pero dejó de hacerlo para mirarlo.

–No le hará nada a las gallinas– dijo él. Y su tía le dijo entonces que si le hacía algo, ella no vacilaría en elegir entre el perro y las gallinas.

Después olvidaron a Flecha, y su tía dijo que en poco tiempo las gallinas pondrían, y entonces iban a poder comer huevos antes de acostarse, y que los huevos irían en sustitución de los choclos. Pero a Gregorio no le pareció una idea muy agradable, porque el perro, desde ahora, se desmerecía ante todos.

Y después pudo contar con tristeza que él también lo había visto. Lo vio cuando llevaba el huevo en la boca. Una lástima que su tía alcanzara a verlo también y gritara de esa manera.

Flecha soltó el huevo, que se rompió. La fisonomía de su tía cambió totalmente, y también sus palabras y su manera de decir las cosas.

–Es un perro huevero; yo sabía que era un perro huevero.

Su tío no dijo nada, pero su mirada fue una confirmación de lo que opinaba la tía. Debían deshacerse del perro. Gregorio también comprendió que aquello era una cosa ineludible y que toda resistencia era inútil esta vez. Todo se hizo rápidamente. Él no supo nunca en qué momento su tía se puso en contacto con un viejo que tenía muchos perros y que vivía más allá del rancho de la vieja de los choclos. A la hora prevista y desconocida por él, el viejo llamó a la puerta. Venía solo. Su rostro era venerable. Los ojos limpiísimos. Él mismo tuvo que ayudar para tomar al perro y atarle una cuerda al cuello. El viejo, que miraba desde la puerta de calle, no pronunció ni una sola palabra, ni antes ni después. Los chicos miraban en silencio. Su tío no estaba. Cuando le dio el último abrazo, hacía rato que estaba llorando, pero parecía que lo advertía ahora. Después, él y varios de sus primos se pararon en medio de la calle. El viejo tiraba de la cuerda y el perro marchaba resistiéndose. De vez en cuando se daba vuelta y levantaba la mitad de las orejas, hasta donde los cartílagos eran duros. Al rato se veía que volvía la cabeza, pero las orejas ya no se distinguían. El viejo no se dio vuelta en ningún momento.

Cuando dobló, allá lejos, sólo quedaba uno de sus primos junto a él; los otros habían entrado. Cuando él también entró, vio que estaban recortando figuritas de un diario viejo, con una tijera, en la galería.

Hacia el invierno Gregorio estuvo enfermo varios días, y una noche la tía le llevó a la cama un huevo pasado por agua y se lo dio en cucharitas. Él sintió entonces que el perro pertenecía al orden de las cosas incomprensibles.

Después volvieron el sol fuerte y los días claros, y Flecha era apenas una cosa en la memoria. Y pasó mucho tiempo y esa cosa en la memoria persistía, porque estaba unida a muchas otras, indisolubles. Y sobre todo ese día, que había vuelto a ver al viejo. El hermano de su tío, que había venido en un camioncito desde el pueblo vecino y que reía estrepitosamente ante cualquier cosa que le contasen, les dijo de pronto que subieran a dar una vuelta por allí. Gregorio se sentó en una de las barandas de la carrocería, y a medida que el vehículo andaba por el campo reseco sentía el aire en las mejillas.

–Derecho por acá y después doblamos en la curva del camino –le había dicho al hermano de su tío.

Estaba seguro de que nadie pensaba en el perro, que por ese camino vivía el viejo que se lo había llevado. Pero uno de sus primos, en cuclillas, le dijo de pronto que a lo mejor podían ver a Flecha.

–Cierto –dijo él, como si no hubiera estado pensando en eso.

Habían recorrido un buen trecho después de la curva, y pasado por el rancho de la vieja de los choclos, y estaban lejos, en lugares adonde jamás habían llegado. El hermano de su tío sacó la cabeza por la ventanilla y el viento le levantó el ala de su sombrero. Le habló a él, pero no pudo entender nada porque el viento era fuerte. Sabía que le preguntaba adónde quedaba el lugar que le había dicho.

Y anduvieron como media hora, y el lugar que él suponía no apareció. El camioncito paró y el hermano de su tío sacó otra vez la cabeza.

–Nunca vi ninguna casa por aquí; más allá no hay nada –dijo.

Después volvieron y él intentó explicarse el hecho. En un momento creyó que este misterio pertenecía al orden del tiempo, esa cosa improbable y lejana. Sin embargo, desde que su tío dijo que no podía alimentar también a ese perro hasta que el hermano sacó la cabeza por la ventanilla, para explicar algo inaudible a causa del viento, apenas había habido algunas modificaciones en las hojas de los árboles, en los pajonales circundantes. Por fuera, el mundo había avanzado muy poco. A él, en cambio, le parecía haber retrocedido.

La inexistencia súbita de la casa del viejo no tenía explicaciones. Quedaba la posibilidad de imaginar las cosas, y sólo dos le parecieron congruentes: o el viejo, en alguna parte, había protegido al perro, junto con los otros; o todos habían ido a parar al circo.

Flecha entró entonces en el orden de las cosas que no comprendía, y allí permanecería, con otros tantos misterios, por lo menos hasta que él creciera. Pero crecer, lo sabía, pertenecía al tiempo. Y el tiempo siempre había sido para él una cosa improbable y lejana.

El crimen casi perfecto de Roberto Arlt

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre siete y diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y, en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso de caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó de traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora Stevens. Esta mujer, que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido y el proceso de acción que ésta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno, y al sentirse morir trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado. Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino no podía saber si la Stevens iba a utilizar éste o aquél. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano, pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no cabía dudas. Únicamente en el vaso, donde la señora Stevens había bebido, se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante; nadie había visitado a la señora Stevens después que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiera cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes de que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisáramos el departamento, no nos fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo. Además había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la Justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morir de hambre ingresó en la industria lechera, se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a ésta, había enviudado tres veces. El día del "suicidio" cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrado. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel "accidente" la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse, es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos.

La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquélla en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que ésta, no pudiendo abrir la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadenas de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis, a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación que quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en el magín: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial, pero convenía verificar la hipótesis.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada : la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El “suicidio” de la señora Stevens me preocupaba (diré una enfermedad) no policialmente, sino deportivamente. Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío.

Absorbido en mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo, que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky. ¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos? No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis daba grandes saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

-Míreme bien y fíjese en lo que me va a contestar: la señora Stevens, ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

-Con hielo, señor.

-¿Dónde compraba el hielo?

-No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos.
- Y la criada casi iluminada prosiguió, a pesar de su estupidez.-

.-Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos:

-El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado.

Ahora era un juego reconstruir el crimen. El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico) arrojó en el depósito congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el palto con hielo disuelto se encontrara sobre la mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignoraban dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatémizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol. Lo había muerto de un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

El aplastamiento de las gotas de Julio Cortázar

Yo no sé, mira, es terrible cómo llueve. Llueve todo el tiempo, afuera tupido y gris, aquí contra el balcón con goterones cuajados y duros, que hacen plaf y se aplastan como bofetadas uno detrás de otro, qué hastío. Ahora aparece una gotita en lo alto del marco de la ventana; se queda temblequeando contra el cielo que la triza en mil brillos apagados, va creciendo y se tambalea, ya va a caer y no se cae, todavía no se cae. Está prendida con todas las uñas, no quiere caerse y se la ve que se agarra con los dientes, mientras le crece la barriga; ya es una gotaza que cuelga majestuosa, y de pronto zup, ahí va, plaf, deshecha, nada, una viscosidad en el mármol.

Pero las hay que se suicidan y se entregan enseguida, brotan en el marco y ahí mismo se tiran; me parece ver la vibración del salto, sus piernitas desprendiéndose y el grito que las emborracha en esa nada del caer y aniquilarse. Tristes gotas, redondas inocentes gotas. Adiós gotas. Adiós.

El ojo del tigre de Gustavo Roldán

Ahí estaba, reluciente, casi imposible ojo de tigre que miraba fijo y hacía correr un estremecimiento por la piel. Rodeado de otros mil ojos era el único que importaba, el único que hacía poner los pelos de punta, que hacía secar la boca y sentir ese cosquilleo que casi se parecía al miedo.

Desde el primer momento se llamó así, “el ojo del tigre”. Y ahí estaba, como esperando la repetida visita del Negro, que pasaba mañana y tarde para mirarlo una y otra vez, entre las bolitas de ese infinito frasco que guardaba los sueños de los chicos.

Las bolitas eran azules, verdes, rojas, amarillas, de colores mezclados, las más increíbles combinaciones que uno pudiera imaginar.

Atilio, el Negro, Miguel, todos los chicos pasaban algunos de sus mejores momentos con las narices pegadas a la vidriera, mirando el frasco de bolitas. Cada uno elegía esta y esta y aquella otra en una imposible elección porque todas eran hermosas. Y la más hermosa era esa roja con vetas verdes y blancas, hasta que se miraba la azul con tonos más claros y oscuros. Y los ojos solos saltaban al marrón y naranja que daba una sensación de movimiento o al amarillo limón que podía comerse como un caramelo. Y entonces comenzaban a cambiar los sabores, y del gusto a frutilla se pasaba a la menta, al sabor a naranja o al más ácido del limón y al más suave del dulce de leche. Y el olor de las frutillas se mezclaba con el olor de la menta, de las mandarinas, de las naranjas.

No era nada fácil decidirse por una o por otra.

–Para mí, tienen que ser todas –dijo Miguel sin poder elegir.

–Me gustaría ser el hombre invisible –dijo Atilio–. Me llenaría los bolsillos de bolitas y saldría corriendo.

–Que no se lleve la mía –murmuró el Negro pensando en el hombre invisible.

–¿Qué? –preguntó Atilio.

–No, nada... Pensaba nomás.

–Bueno –dijo Miguel–, me decido y basta. Tengo plata para una sola. ¿Ustedes tienen?

–Yo sí –dijo Atilio–. Para una. ¿Vos Negro?

El Negro metió las manos en los bolsillos del pantalón y los sacó para afuera. Se encogió de hombros y volvió a meter los bolsillos.

Entraron juntos, como con miedo por tanta responsabilidad de tener que decidirse por una sola bolita.

–¡Que no elijan el ojo del tigre! –pensaba el Negro como en un ruego.

El hombre los atendió con paciencia. De sobra conocía esos compradores que lo hacían perder una hora para comprar una bolita. Pero mientras no hubiera otros clientes... Y él también había sido chico...

Dieron vueltas y más vueltas poniendo las bolitas de a dos o de a tres juntas en la palma de la mano. Compararon una y otra vez, opinaron todos, discutieron, y al final, después de las últimas indecisiones, Atilio y Miguel apartaron una piedra de luz cada uno.

Entregaron sus monedas y con una última mirada al frasco, como para constatar que no se habían equivocado, salieron a la calle.

–¡Eh, muchacho! –dijo el hombre llamando al Negro que iba atrás–. ¿Y vos?

–¿Yo qué?

–¿No vas a llevar ninguna?

–No, señor, hoy no.

–Vení, te regalo una. Pero con una condición, no estés una hora como tus amigos para elegir.

El Negro sintió las piernas flojas, la boca se le secó mientras se acercaba al mostrador con los ojos clavados en el frasco de vidrio. Él no tendría ningún problema en elegir. Sabía cuál era la mejor.

Dentro del frasco brillaban los colores, pero ahora el ojo del tigre no estaba. Hizo girar el frasco hasta dar la vuelta completa.

Como con burla lo miraban infinitos ojos rojos, azules, verdes, ojos que se continuaban uno al lado del otro y que eran hermosos, todos eran hermosos, pero al Negro no le importaban.

Lo único que le importaba era encontrar el ojo del tigre y que no tenía tiempo para revolver todo el frasco de bolitas. Ahí, en algún lugar secreto, se había escondido justo en el momento que más necesitaba verlo.

El Negro sintió que el tiempo se le iba, que el trato era meter la mano y sacar una, que no tenía derecho a molestar a ese señor que había dicho “con una condición...”.

Sintió bronca contra un destino que le tiraba tantas piedritas, sintió que podía sacar cualquier otra bolita, todas eran hermosas. Pero él no quería cualquier bolita.

–¿Y? –preguntó el hombre.

Fue amable, pero el Negro entendió que su tiempo estaba vencido.

–¿Puedo meter la mano? –preguntó con una voz que parecía rendirse.

–Claro –dijo el hombre.

El Negro hundió los dedos en una última jugada al azar haciendo la apuesta más grande del mundo. Tocó suavemente, casi sin respirar, esa oscuridad del centro del frasco, rozando con las yemas los escondidos soles de colores.

Tomó uno, como si tomara el destino, y sacó la mano apretando una bolita entre los dedos. Miró sin creer lo que estaba viendo.

El hombre alzó el frasco y lo puso otra vez en la vidriera.

–Chau, muchacho –dijo.

–Gracias, señor –dijo el Negro–, muchas gracias.

Salió caminando despacio, mirando el ojo del tigre que echaba luces en la palma de su mano.

El corazón le hacía un ruido que le llegaba hasta los pies.

–¡Mirá que sos suertudo, Negro! –dijo Atilio.

–Te estuvimos mirando por la vidriera –dijo Miguel–. ¡Si te hubieras visto la cara!

La cara del Negro se fue haciendo una pura sonrisa. Le brillaron los dientes. Comenzó a caminar sin decir nada.

Esa tarde la puntería del Negro ganó las aclamaciones de los chicos. No había dudas, era casi mágico ese ojo del tigre al que todos querían mirar de cerca y tocar.

Cuando las llamadas de las mamás marcaron la hora de entrar, los bolsillos del Negro estaban llenos de bolitas ganadas, y las miradas de los chicos mezclaban envidia y admiración. El Negro llegó a su casa flotando en una nube.

Se sacudió las piernas llenas de tierra y se limpió las manos en los pantalones antes de entrar. La mamá del Negro lo miró de pies a cabeza y el Negro fue corriendo a lavarse, sin ninguna protesta.

Hizo los deberes, hizo dos mandados, comió sin hablar con la boca llena, no les quitó nada de postre a sus hermanos, y hasta dejó que todos mirasen y tocasen el ojo del tigre. Su papá mostró todavía más entusiasmo que sus hermanos, lo que lo llenó de orgullo.

–A mí me hubiera gustado tener una bolita así –dijo.

A la hora de dormir se lavó las manos, los dientes, la cara. Sin protestar.

Esa noche el Negro soñó los sueños más hermosos. Soñó que volaba, y hacía mucho que no soñaba con esos vuelos tan suaves después del primer esfuerzo en partir.

Soñó que remaba en una canoa con la Cecilia y que la Cecilia cantaba guaranias para él. Y hacía mucho que no remaba y la Cecilia nunca le había cantado una guarania.

Soñó que corría montando un potro por un espacio enorme y lleno de luz. Soñó que miraba las estrellas, y las Tres Marías y la Cruz del Sur eran luces que se juntaban con las flores del jacarandá y el vuelo del picaflor.

Soñó que el sol comenzaba a comerse la noche y a dar algo así como una idea del reino perdido. Y entonces se despertó, con un rayo de sol que entraba por la ventana, justo justo para darle en los ojos y despertarlo.

–Pucha que estaban lindos los sueños –dijo–. Así da gusto dormir.

Sacó el ojo del tigre de debajo de la almohada. Lo hizo girar lentamente entre los dedos, como para no dejarlo nunca.

Pero todavía faltaba lo más importante. Ahora sí que iba a ser el día... No había sido fácil decidirse. Ese ojo del tigre era una cosa única, estaba seguro de que no existía en el mundo nada igual.

Se preparó para ir a la escuela. Temprano, con tiempo de sobra, tomó el desayuno.

–Estás contento, Negro –dijo la mamá del Negro–. ¿Qué te pasa?

–Debe estar planeando alguna de sus barrabasadas –dijo el papá del Negro.

–Y... un poco las dos cosas –dijo el Negro.

Cuando llegó a la escuela solo había algunas chicas. Ya se sabe que las mujeres siempre llegan temprano a la escuela.

Con las manos en los bolsillos se acercó adonde estaba la Cecilia. Sacó la mano cerrada y, como de paso, dijo:

–Tomá Cecilia, es para vos.

Los bolsillos del Negro quedaron vacíos, llenos de bolitas de todos colores, pero vacíos, ahora que ya no era más el dueño del ojo del tigre. Y le resultaba raro tener los bolsillos tan vacíos pero la boca y los ojos tan llenos de ganas de reír.

Las hormigas cantoras de Laura Devetach

Con el lápiz en las patas
con su pétalo
su mástil
las hormigas hacen mapas.
Viene el viento
se los barra.
Viene el agua
se los borra.
Chimichurri chimichurri
cantan cantan
quémeimporta quémeimporta
pata con pata pata con pata
Una
tras
o
tr
a,
des pa rra ma das
des pa ta rra das
can
tan
y can
tan
y can
tan.

Parichempre de Luis María Pescetti (del libro *El pulpo está crudo*)

(Debe ser leído en voz alta)

- Mena tarde, ¿como tá la gente?
- ¡Men, men! Pache pofavól...
- ¡Grachia! hoy hache un fío que che chiente ata en lo huechoch ¿eh?
- Chí, ni lo nombre. Cho toy acá ¡melto de fío!
- ¡Hay un vento fete, fete, fete!
- Chí, chi no hubieche vento, el fío no che chiente cachi, pero achí... ¡Uyi uyi yui!

- Cho me cueldo cuando ela chico quiún día hichun fío tan fete que toda la cache era de chelo.
- Y chí, cómo no.
- ¡Pero de chelo, chelo! ¿eh? La gente caminaba y che rechbalaba, lo cochech no malchaban poque la ruedach che rechbalaban.
- ¡Oh, qué féio!
- Chí... era tan fete el fío que todo noch quedamo chin chalir de la cache. Y achomábamoch la caritach por la ventanach, achí... y taban tooodoch loch vechino tamién mirando.
- ¡Aaaaah, pobrechitoch!
- Tooodoch achí, con la carita tiiiste tiiste tiste del fío. Y moviamo la manito achí, Hola chenol, hola vechina... y había chilenchio en toodo el pueblo.
- Cherto, cuando hache fío hay un chileeenchio...
- Niún cholo uidito. Nadie pachaba por la cache...
- ¡Brrrr! Coneche fío ¿quén va pachar?
- Tonche, cuando taba viendo atí, achomando mi carita...
- ¿Cuánto año tenía uchté?
- Unoch... chéi o chiete, machomeno...taba mirando por la mentana y veo pachar un perito que apena che movía por el vento feeete, fete. El viento lompujaba.
- ¡Uyi uyi yui, qué féio!
- ¡Chi che quedaba achí che iba moril cheguidita!
- ¿¡Tonche!?
- Tonche abrí la peta y chalf corriendo 'nmedio del fío y del vento fete y de la chuvia.
- ¡¡¿Chovía tamén?!!
- ¡Chí!
- Y mi mamá y mi papá menchalió coriendo buscar y cho coría má fete para chalvar perito y mi papá melcanchó y menchebaba dentro y cho choraba choraba, porque nongarrabal perito, pero papá menretaba por chalir y cho pataleaba pero papá mengarraba fete.
- ¿¿¿¿¡¡¡¡Tonche!!!!????
- Tonche veo que chale milmano corendo fete y me grita, ¡Cho lo chalvo, Dego, cho lo chalvo! Y longarró y lonchevó dentro.
- ¡Y lo chalvó!
- ¡Chatamente!
- ¡Uyi, meno mal! Qué chuerte.
- Y papá y mamá menretaron y lonretaron a milmano, pero nochotro tábamo brigandolperito y che chalvó y che quedó con nochotro parichempre.
- Qué meno, qué chuerte.
- Chí... qué vacherle.
- Achí chon lo chico, ¿no quere un cafechito caliente?

- Meno, mevacher mien a la pancha... grachia... mmm... qué rico tá.
 - Mnn, je, je, ta mejol achí ¿no?
 - Chí, ota cocha.
 - Va vel que che le pacha el fío cheguidita cheguidita...
 - ¡Ah! Cha me chiento mejol, veldá.-
-

Cuento con piojo y picaflor de Gustavo Roldán

¡Sí, soy así! ¿Qué voy a hacer? ¡Nací buen mozo y embalao para el querer!

Desde el medio del río llegaba la voz del piojo que cantaba a todo cantar. Apenas se lo adivinaba sobre la cabeza de yacaré que venía trayéndolo de vuelta de su viaje.

-¡Ah! ¡Tan bien que estábamos!- dijo la lechuza.

-Mmm, ¿para qué habrá vuelto?- dijo la vizcacha.

-¡Y ahora se va a juntar con la pulga y el bicho colorado!- dijo el carancho.

-¡Y también con el sapo!- agregó el murciélago.

-¡Quién los aguanta cuando se juntan!- protestaron todos.

¡Tengo mil novias! ¡Tengo mil novias! ¡Qué voy a hacerle si soy picaflor!

Y seguía cantando el piojo que ya estaba llegando a la orilla, cuando salieron los animales a recibirlo. Primero llegó la pulga y atrás el coatí, el tapir, la iguana, el sapo, el bicho colorado, el ñandú, el mono aullador, el elefantito, el oso hormiguero y mil animales más. Sin contar los pájaros que hacían una nube de colores, de música y de alegría. Un abrazo por aquí, otro por allá y todos hablando al mismo tiempo sin que se entienda nada. Bueno sí. Se entendía que estaban contentos y que querían saber cómo le había ido y querían escuchar todas sus aventuras.

-¡Lo veo cambiado, amigo piojo!- dijo la pulga.

-Está cantando una canción muy bonita, pero que no es un chamamé.

-¡Es cierto! Cuando uno viaja aprende otras cosas. Usted sabe que soy un piojo chamamecero, pero también soy un piojo aprendedor y encontré canciones que me gustaron mucho y las aprendí.

-Ay, ay, ay, ay, encima ahora canta- dijo la lechuza.

-¡Y me va a aturdir cuando estoy durmiendo!- dijo el murciélago.

-¡Permiso! ¡Permiso! ¡Permiso! ¡Permiso! -dijo el elefantito pasando entre todos y haciendo un desparramo.

-¡Permiso! ¡Permiso, que estoy apurado! Necesito hablar con don piojo y lo estoy esperando desde hace mucho.

-¡Todos lo estamos esperando!- dijeron enojados, la pulga y el bicho colorado, que habían quedado patas arriba.

El sapo no dijo nada, pero se enderezó sacudiéndose la tierra.

-¡Está bien! Dejen que los chicos pregunten- dijo el coatí.

-¡Uuuuy! Me olvidé. Me olvidé que quería preguntarle.

-¡No importa! No importa. Ya te vas a acordar-dijo el piojo.

El elefantito, un poco avergonzado, se fue retirando despacio caminando para atrás como para no molestar a nadie ¡Pero así peor! Dejó otro desparramo de bichos que quedaron a los gritos.

-Don piojo, usted que sabe tantas cosas...-dijo el picaflor.-

-Saber... sabía cuando era joven. Entonces sí que sabía. Sabía tantas cosas que estuve a punto de cambiar el mundo.

-¿Y no lo pudo arreglar?- preguntó un monito desde la rama de un árbol.

-¡Qué voy a poder! ¿No ve que todo anda patas para arriba? ¡Me equivoqué! El enemigo era más grande de lo que yo creía.

-¿Usted se equivocó, don piojo? ¡Ah, jamás lo hubiera pensado!- se asombró una corzuela.

-¡Seguro que me equivoqué! Y no una sola vez. Solo los tontos no se equivocan o no saben que se equivocan. Y estoy listo para equivocarme de nuevo ¡pero no me rindo!

-¿Por qué no se rinde?- preguntó una coaticita.

-¡Porque este mundo está lleno de injusticias y hay que seguir peleando para mejorarlo un poco!

-¡Pero a mí me entra un miedo!- dijo la coaticita.

-¿Y vos te creés que yo no tengo miedo?

-¡Me acordé! ¡Me acordé! ¡Me acordé!- gritó el elefantito atropellando y dejando a la otra mitad de los bichos patas arriba.

-¿Qué me querías preguntar?

-¿Don piojo, las estrellas son tan lindas en todas partes?

-¡Claro que son lindas! En todos lados las estrellas son lindas, pero como en Fortín Lavalle ¡ni cerca! Aquí están las estrellas más hermosas del mundo.

-¿Y la luna? ¿En todos lados hay lunas? –dijo la garza blanca-

-¡Claro que sí! ¡Hermosas lunas! Y no va a ser este piojo el que diga lo contrario, pero una luna que esté ahí nomás, tocando la copa de los árboles como la que tenemos aquí ¡ni por asomo! Y encima se mete en medio del bermejo.

-¡Gracias, don piojo! ¡Gracias! ¡Gracias! Quería saber eso. Porque mi papá me contó que en el África, de donde lo trajeron a él en un circo, también había estrellas muy hermosas.

-Y si no me equivoco- dijo el sapo- son las mismas estrellas que tenemos aquí.

-Don piojo- dijo el picaflor- ¿No podremos hacer nada para no tener miedo y arreglar el mundo?

-¡Pero claro que podemos! Y a veces hay que aprender de los enemigos lo que conviene hacer. Miren ustedes, con todo disimulo, hacia aquél árbol seco. Y la coaticita, la iguana, el tatú, el elefantito, el tapir, la pulga y mil animales más se dieron vuelta y se treparon uno arriba del otro para mirar mejor.

-Dije con todo disimulo- pero bueno, después de todo ya no importaba.

-¿Qué es lo que tenemos que mirar? –preguntó la tortuga- yo solamente veo que la lechuza, la vizcacha, el carancho y el murciélago están conversando.

-¡Eso es lo que hay que mirar! ¡Y eso es lo que hay que aprender! Ellos saben que juntarse les da mucha fuerza. Por eso se juntan. Nosotros tenemos que hacer lo mismo.

-¿Y entonces vamos a dejar de tener miedo?- dijo la corzuela.

-¿Y podremos arreglar el mundo? –preguntó el monito.

-Bueno por lo menos lo vamos a intentar.

-¡Pero claro!- dijo el sapo- ¿pero por dónde comenzamos?

-¡Eso es lo que yo quisiera saber! Aunque con usted, don sapo, ya hicimos algunos intentos.

-¡Ah! Pero éramos pocos. No nos organizamos bien. Ese fue un error.

-Ahora, que somos muchos sería oportuno buscarle la vuelta para ver qué hacemos.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!- dijeron el ñandú y el tapir y la corzuela y el yacaré y el coatí y la pulga y mil animales más acompañados por un coro de pájaros que silbaban una hermosa canción, diciendo: ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Y ahí están, dele conversar y meta vivir nomás. Tratando de encontrar la vuelta para que las cosas sean un poco más parejas en este mundo.

-¿Y entonces?- preguntó preocupado el picaflor que parecía parado en el aire.

-Bueno, habrá que apurar la marcha y un poco más allá, nos juntaremos con los sueños que siempre van un paso más adelante que la realidad.

-Pero mientras tanto- dijo el picaflor-, ¿por qué no me enseña la letra de esa canción? Hay una parte que me gustó mucho.

Y ahí están, el piojo y el picaflor cantando los dos juntos: ¡Tengo mil novias! ¡Tengo mil novias! ¡Qué voy a hacerle si soy picaflor!

Irulana y el Ogronte de Graciela Montes

Aviso que este es un cuento de miedo; trata de un pueblo, de un ogronte y de una nena. El ogronte no tenía nombre, pero la nena, sí: algunos la llamaban Irenita, y yo la llamo a mi modo: Irulana. Conviene empezar por el ogronte, porque es lo más grande, lo más peludo y lo más peligroso de esta historia.

No todos los pueblos tienen un ogronte. Pero algunos tienen, y este tenía. Cuando se terminaba la tarde y el sol se ponía rojo (porque en los cuentos también se ponen rojos los soles), la cabeza peluda del ogronte brillaba como la melena de un león inmenso. Y la gente del pueblo sentía mucho miedo.

La gente, en cuanto se despertaba a la mañana, pensaba: “¿Cómo habrá amanecido el ogronte hoy?”. Era importante saber cómo había amanecido el ogronte. Por ejemplo, si el ogronte estaba resfriado, había que reforzar las puertas y las ventanas para que no se abrieran de golpe con los estornudos. Y no se podía sacar a pasear a los perros demasiado chiquitos porque podían rodar calle abajo y volarse hasta la orilla del río.

En cambio, si el ogronte se ponía a picar cebolla (las cebollas crudas y las nubes del amanecer bien cocidas son las comidas preferidas de la mayor parte de los ogrones), había que salir con botas, y hasta con botes llegado el caso.

Si estaba contento y carcajeaba, había que guardar los floreros en los roperos para que no se cayeran al suelo con los temblores. Si se ponía a cantar, había que envolver con trapos los espejos. Y si estaba enojado... Bueno, todos cuidaban mucho de que el ogronte no se enojara.

Siempre le decían: “Buenos días, señor Ogronte” y “Buenas noches, señor Ogronte”, y con muchísimo respeto. Y todas las tardes iban hasta el pie de la montaña y le dejaban canastos repletos de cebolla, vacas muy gordas y flores de colores raros. Y le hacían una gran torta para el día de su cumpleaños. Y le cantaban canciones para que se durmiese.

Todo para que no se enojase. Pero igual un día el ogronte se enojó. Se enojó porque sí (¡vaya uno a saber por qué se enojan los ogrones!). Se notó que se había enojado porque empezó a gritar y a rugir y a mover los brazos en el aire como un molino. Y porque sus

dientes enormes (no se imaginan ustedes lo enormes y filosos que son los dientes de los ogrontes enojados) brillaban más que su melena del atardecer.

El pueblo entero se arrugó de miedo. De miedo a que lo comieran. Porque ya se sabe que los ogrontes, cuando se enojan, se comen pueblos enteros, con sus casas, sus personas, sus calles y sus kioscos. Y sus perros. Y las petunias de los jardines. Y sus tarros de galletitas. Y sus boletos capicúa. Y sus estaciones, con trenes y todo. La gente salió corriendo. Algunos iban con las orejas tapadas (taparse las orejas no protegía del enojo del ogronte, pero al menos ayudaba a que sus rugidos molestasen menos).

Pero yo dije al principio que este era el cuento de un pueblo, de un ogronte y de una nena. Ahí está la nena –¿la ven?–; es esa de rulitos en la cabeza: Irulana. Es la única que no corre. A mí no me pregunten por qué no corrió Irulana. Vaya uno a saber por qué no salen corriendo las Irulanas cuando vienen los ogrontes. Los que contamos los cuentos no tenemos por qué saberlo todo. Yo lo único que sé es que Irulana no corrió, sino que se sentó a esperar en un banquito.

Tal vez era muy valiente. Tal vez era un poco chiquita. Tal vez estaba demasiado cansada. Se sentó en un banquito verde en una calle vacía (todas las calles estaban vacías en ese pueblo).

Cuando se terminó la tarde y el sol se puso rojo, la cabeza peluda del ogronte brilló más que nunca. Los dientes brillaron más todavía, y rugidos enormes sacudieron el suelo. Irulana tuvo miedo. Y más miedo tuvo cuando vio que el ogronte se empezaba a mover. “Ahora viene y se come al pueblo”, pensó Irulana. Y, efectivamente (no se olviden de que yo avisé que este era un cuento de miedo): en cuanto llegó la tarde el ogronte empezó a comerse al pueblo. (Ya sé que esto es terrible, pero qué se le va a hacer, así son los ogrontes.)

Empezó por el ferrocarril: enroscaba las vías en un dedo y después las sorbía como si fueran tallarines. Masticaba las casas como si fueran turrón. Y de tanto en tanto les daba un mordisquito a dos o tres árboles que había arrancado de raíz y que llevaba como un manojo de apio en la mano. (Miren: acá el dibujante se asustó tanto que dejó el dibujo sin terminar y salió corriendo.)

Fue haciendo arrolladitos con las calles y las masticó despacio. La plaza la dobló en cuatro como un panqueque y se la comió con gusto (seguramente era dulce). Si alguna petunia se le escapaba de la boca, la empujaba con el dedo hacia adentro. Y comió y comió. Se lo comió todo (tengan en cuenta que los ogrontes son muy grandes y este era un pueblo chico).

Bueno, ahora el que se achicó es el cuento, porque empezó con un pueblo, una nena y un ogronte, y ahora ya no hay más pueblo. No hay nada más que una nena y un ogronte. Y nada pero nada más. Nada de nada: ni un arbolito, ni una petunia, ni un vestidito de muñeca, ni un colador de té, ni una polilla, ni la pelusa de un bolsillo. Nada más que Irulana en su banquito y un ogronte enorme que –aunque ustedes no lo vean porque el dibujo se termina antes– está bostezando.

Está bostezando porque a ese ogronte, siempre que se comía un pueblo entero, le venía el sueño. Pero Irulana no sabe que el ogronte bosteza. Tiene tanto miedo que cerró los ojos.

El ogronte da uno, dos, tres pasos más (y los pasos de los ogrones llevan muy lejos) y, justo justo cuando está por descubrirla a Irulana en su banquito, se queda dormido. (Acá en esta página está todo un poco movido porque el ogronte se quedó dormido de golpe y cayó al suelo haciendo mucho ruido.)

Ahí fue cuando Irulana abrió los ojos y lo vio. Parecía una montaña, pero seguramente era un ogronte porque las montañas no usan botas lustrosas ni cinturones de cuero. Y roncaba, además, como solo roncan los ogrones.

Irulana era una nena muy valiente, pero también era chiquita, y se sentía sola. Cualquiera se sentiría solo en el lugar de Irulana. No tenía nada en el mundo. Nada más que un ogronte dormido y un banquito verde. Y eso no es nada. Es muy poquito. Sobre todo cuando el aire se pone negro y se viene la noche oscura. Oscura pero oscura oscura, oscurísima y oscura. La luna no había salido todavía y las estrellas estaban demasiado lejos. Esta página de acá está toda oscura y toda vacía. Así de oscuro y así de vacío estaba el mundo.

Entonces Irulana se puso de pie en su banquito, que, como estaba tan negro todo, ni siquiera era un banquito verde, y gritó bien pero bien fuerte, lo más fuerte que pudo gritar: ¡IRULANA! Eso gritó. Una sola vez. Y, aunque Irulana tenía una voz chiquita, el nombre resonó muy fuerte en medio de lo oscuro.

Y el nombre creció y creció. La I, por ejemplo, tan flaquita que parecía, se estiró muchísimo (no se quebró, porque era una I muy fuerte), y se convirtió en un hilo largo y fino que se enroscó alrededor del ogronte, de la cabeza del ogronte, de los pies del ogronte, de las manos del ogronte, de la panza inmensa donde estaba todo el pueblo. Y la R se quedó sola en el aire, rugiendo de rabia, porque las R rugen muy bien, mejor que nadie.

Y la U se hundió en la tierra y cavó un pozo profundo, el más profundo del mundo. Y entonces la R, que rugía como una mariposa furiosa, hizo rodar al ogronte hasta el fondo de la tierra. En una de esas ustedes ponen cara de “no puede ser”, y se ríen y dicen que una palabra no puede hacer esas cosas. Y yo digo que sí puede. Prueben, si no, de decir una palabra importante, una sola, en medio de la noche oscura y al lado de un ogronte...

La “lana” de Irulana se hizo un ovillo redondo y voló al cielo para tejer una luna. Hizo bien, porque entre una lana y una luna no hay tanta diferencia. Entonces la noche se iluminó.

Aquí está, toda iluminada. Ahora sí se puede ver bien lo que pasa en este cuento. Hay un ogronte enterrado en un pozo muy profundo, tan profundo que casi ni se ve que lo ataron como un matambre. Y hay una nena chiquita que mira la luna llena desde arriba de un banquito. Parece que ni hubiera nada más, pero, si miran bien, allá lejos, en el fondo de la hoja, hay un montón de gente que vuelve. Si acercan la oreja al papel, tal vez oigan la música, porque traen guitarras, violines y panderetas. Vienen a fundar un pueblo.

Y este cuento se termina más o menos como empieza: “Había una vez un pueblo y una nena. Ogronte, en cambio, no había (algunos pueblos tienen ogronte, pero este no tenía)...”. Es un cuento igual y un poco diferente. Eso sí, seguro que no es de miedo.

Monstruo capilar de Pablo Bernasconi



El vuelo del sapo de Gustavo Roldán

–Lo que más me gusta es volar –dijo el sapo. Los pájaros dejaron de cantar. Las mariposas plegaron las alas y se quedaron pegadas a las flores...

El yacaré abrió la boca como para tragar toda el agua del río.

El coatí se quedó con una pata en el aire, a medio dar un paso. El piojo, la pulga y el bicho colorado, arriba de la cabeza del ñandú, se miraron sin decir nada. Pero abriendo muy grandes los ojos.

El yagueté, que estaba a punto de rugir con el rugido negro, ese que hace que deje de llover, se lo tragó y apenas fue un suspiro.

El sapo dio dos saltos para el lado del río, mirando hacia donde iba bajando el sol, y dijo:

–Y ahora mismo me voy a dar el gusto.

–¿Está por volar? –preguntó el piojo.

–Los gustos hay que dárselos en vida, amigo piojo. Y hacía mucho que no tenía tantas ganas de volar.

Un pichón de pájaro carpintero se asomó desde un hueco del jacarandá:

–Don sapo, ¿es lindo volar? Yo estoy esperando que me crezcan las plumas y tengo unas ganas que no doy más. ¿Usted me podría enseñar?

El yagueté, que estaba a punto de rugir con el rugido negro, ese que hace que deje de llover, se lo tragó y apenas fue un suspiro.

El sapo dio dos saltos para el lado del río, mirando hacia donde iba bajando el sol, y dijo:

–Y ahora mismo me voy a dar el gusto.

–¿Está por volar? –preguntó el piojo.

–Los gustos hay que dárselos en vida, amigo piojo. Y hacía mucho que no tenía tantas ganas de volar.

Un pichón de pájaro carpintero se asomó desde un hueco del jacarandá:

–Don sapo, ¿es lindo volar? Yo estoy esperando que me crezcan las plumas y tengo unas ganas que no doy más. ¿Usted me podría enseñar?

–Va a ser un gusto para mí. Y mejor si lo hacemos juntos con tu papá, que es el mejor volador.

–Sí, mi papá vuela muy lindo. Me gusta verlo volar. Y picotear los troncos. Cuando sea grande quiero volar como él, y como usted, don sapo.

El piojo miraba y comenzaba a entender.

El yacaré seguía con la boca abierta.

El tordo y la calandria se miraron y decidieron que era hora de intervenir.

–Don sapo –dijo el tordo–, ¿se acuerda de cuando jugamos a quién vuela más alto?

–Ustedes me ganaron –dijo la calandria– porque me distraje cantando una hermosa canción, pero otro día podemos jugar de nuevo.

–Cuando quiera –dijo el sapo–, jugando todos estamos contentos, y no importa quién gane. Lo importante es volar.

–Yo también –se oyó una voz que venía llegando–, yo también quiero volar con ustedes.

–Amigo tatú –saludó el sapo–, qué buena idea.

–Pero no se olvide de que no me gusta volar de noche. Usted sabe que no veo bien en la oscuridad.

–Le prometo que jamás volaremos de noche –dijo el sapo.

La pata del coatí ya parecía tocar un tambor del ruido que hacía subiendo y bajando.

El yacaré cerró los ojos pero siguió con la boca abierta.

Los ojos de la pulga y el bicho colorado eran como una cueva de soledad. Cada vez entendían menos.

El sapo sonrió aliviado.

El tordo y la calandria le habían dado los mejores argumentos de la historia, y ahora el tatú le traía la solución final, ya que el sol se acercaba a la punta del río.

–¿Se acuerda, amigo sapo –siguió el tatú–, cuando volábamos para provocarlo al puma y después escapar?

–¿Así fue? Yo había pensado que el puma era el que escapaba.

–No exageremos, van a pensar que somos unos mentirosos.

–¡Y qué otra cosa se puede pensar! –dijo la lechuza, que había estado escuchando todo.

–Gracias –dijo el sapo en voz baja, como para que lo escucharan solamente sus patas.

Eso era lo que estaba esperando. Alguien con quien discutir y hacer pasar el tiempo.

–En todo el monte chaqueño no hay mentirosos más grandes –siguió la lechuza–. Y ustedes, bichos ignorantes, no les sigan el juego a estos dos.

–¿Cuándo dije una mentira? –preguntó el sapo.

–¿Quiere que hable? ¿Quiere que le diga?

–Hable nomás –dijo el sapo, contento porque la lechuza lo estaba ayudando a salir del aprieto.

–Mintió cuando dijo que los sapos hicieron el arco iris. Mintió cuando dijo que hicieron los mares y las montañas. Cuando dijo que la tierra era plana. Cuando dijo que los puntos cardinales eran siete. Cuando dijo que era domador de tigres. ¿Quiere más? ¿No le alcanza con esto?

El sapo escuchaba atentamente y pensaba para qué lado convendría llevar la discusión.
–Me sorprende su buena memoria, doña lechuza. Ni yo me acordaba de esas historias.

–Y yo me acuerdo de otra historia, don sapo, esa de cuando usted inventó el lazo atando un montón de víboras –dijo el piojo.

–Otra mentira más grande todavía –rezongó la lechuza–, miren si un sapo va a vencer a un montón de víboras. Los ojitos del piojo brillaron de picardía.

–Pero yo lo vi. Era una tarde en que el sol quemaba la tierra y las lagartijas caminaban en puntas de pie. Yo vi todo desde la cabeza del ñandú, ahí arriba, de donde se ve más lejos.

–Piojito, sos tan mentiroso como el sapo y nadie te va a creer. Es mejor que se vayan de este monte ya mismo. Y que no vuelvan nunca más.

–Ahora que me acuerdo, yo sé un poema que aprendí dando la vuelta al mundo –dijo el bicho colorado–. Dice así:

De los bichos que vuelan
Me gusta el sapo
porque es alto
y bajito gordito y flaco

–¡Qué hermoso poema! –dijo el pichón de pájaro carpintero–. Cuando sea grande yo quiero hacer poemas tan hermoso como ése.

–Doña Lechuza –dijo la pulga–, estas acusaciones son muy graves y tenemos que darles una solución.

–Hay que decidir si el sapo es un mentiroso o un buen contador de cuentos –propuso el yacaré.

–Eso es muy fácil –opinó el coatí–, los que crean que el sapo es mentiroso digan sí. Los que crean que no es mentiroso digan no. Y listo.

–Y si se decide que es un mentiroso se tiene que ir de este monte –dijo la lechuza.

–Claro –opinó la pulga–. Si es un mentiroso se tiene que ir.

–Aquí no queremos mentirosos –dijo el yacaré.

–Yo mismo me encargaré de echar al que diga mentiras. O lo trago de un solo bocado –dijo el yaguareté.

–Eso sí que no –protestó el yacaré–. Tragarlo de un solo bocado es trabajo mío.

–Dejen que le clave los colmillos –dijo el puma, que recién llegaba–. Odio a los mentirosos.

–Bueno –dijo la lechuza–, los que opinen que el sapo es un mentiroso, ya mismo digan "sí". En el monte se hizo un silencio como para oír el suspiro de una mariposa.

Después se oyó un SÍ, fuerte, claro, terminante y arrasador. Un SÍ como para hacer temblar a todos los árboles del monte. Pero uno solo. La lechuza giro la cabeza para aquí y para allá. Pero el SÍ terminante y arrasador seguía siendo uno solo. El de ella. Y entonces oyó un NO del yacaré, del piojo, de la pulga, del puma, de todos los pájaros, del yagueté y de mil animales más. El NO se oyó como un rugido, como una música, como un viento, como el perfume de las flores y el temblor de las alas de las mariposas. Era un NO salvaje que hacía mover las hojas de los árboles y formaba olas enloquecidas en el río. La cabeza de la lechuza seguía girando para un lado y para el otro. Había creído que esta vez iba a ganarle al sapo, y de golpe todos sus planes se escapaban como un palito por el río. Pero rápidamente se dio cuenta de que todavía tenía una oportunidad. Y no había que desperdiciarla. Ahora sí que lo tenía agarrado: el sapo había dicho que iba a volar. Mientras tanto, todos los animales festejaban el triunfo del sapo a los gritos. Tanto gritaron que apenas se oyó el chasquido que hizo el sol cuando se zambulló en la punta del río. Pero el tatú, que estaba atento, dijo:

–¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte! Se nos hizo de noche y ahora no podremos volar.

–Yo tampoco quiero volar de noche –dijo el tordo–. A los tordos no nos gusta volar en la oscuridad.

–Los cardenales tampoco volamos de noche –dijo el cardenal.

–De noche solamente vuelan las lechuzas y los murciélagos –dijeron los pájaros.

–Será otro día, don sapo –cantó la calandria–. Lo siento mucho, pero no fue culpa nuestra. Esa lechuza nos hizo perder tiempo con sus tonteras. ¿Usted no se ofende?

El sapo miró a la lechuza, que seguía girando la cabeza para un lado y para el otro, sin saber qué decir. Después miró a la calandria, y dijo:

–Siempre hay bichos que atraen la mala suerte. Pero no importa, ya que no podemos volar, ¿qué les parece si les cuento la historia de cuando viajé hasta donde cae el sol y se apaga en el río?

Pimpate de Beatriz Ferro

Un día Miguel tuvo que hacer algo muy importante. El dueño de la papelería le pidió, nada más ni nada menos, que llevara un rollo de papel a la casa de su cliente el dibujante.

–Mucha atención, a no estropearlo, tené cuidado –réquete recomendó el señor papelero.

Miguel contestó sísísísí y se fue con el rollo.

El día era tan lindo que las calles del barrio parecían caminitos de plaza. Miguel caminó al compás de pim pam, pim pam, dando suaves golpecitos con el rollo en el suelo. Hasta que, pimpate, el rollo se convirtió en un bastón bailarín.

Pímpate pam, pímpate pam, Miguel y su bastón llegaron a la esquina.

En la avenida había un lío de coches que protestaban con bocinas de trueno y clarinete. Entonces pímpate, el bastón se transformó en una batuta de director de orquesta y Miguel dirigió el gran concierto de bocinazos.

Cuando por fin cruzó la avenida, pímpate, la batuta se volvió remo. Entonces el asfalto se volvió río y Miguel lo cruzó remando en canoa.

Desembarcó en la vereda de enfrente y caminó por el cordón pasito a paso con mu-chísi-mo-cui-da-do, como un equilibrista que avanza por la cuerda floja. Y pímpate, el remo se convirtió en la varilla del equilibrista más grande del mundo.

En eso pasó un colectivo y pímpate, la varilla se transformó en un fusil y el colectivo en una antigua diligencia. Miguel le apuntó con cara de Miguelete, el terrible bandido del Oeste.

En la cuadra siguiente la vereda se llenó de chicos que salían de la escuela. Pímpate, el fusil se volvió bastón de pastor y todos los chicos fueron corderitos blancos. Entonces Miguelito el bueno los arreó por el campo.

Cuando llegó a la casa del dibujante, el rollo ya no era nuevo y blanco sino medio cachi-cachivache. –¿Qué es esto? –rugió el dibujante–. ¿Este es un rollo de papel hermoso y limpio? ¡Habrás venido jugando!

Miguel quiso explicarle que es muy difícil caminar con un rollo que a cada rato, pímpate pímpate, te da tantas ganas de jugar.

Pero el dibujante no le dio tiempo porque lo agarró de un brazo, tomó el rollo de papel y fue derecho a la papelería, a quejarse, a protestar.

Con el rollo al hombro, caminó al compás de “¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!”. Entonces pímpate, el rollo volvió a convertirse en un fusil y el dibujante fue un soldado que marchaba un dos un dos.

El árbol de la vereda lo invitó a que le diera unos golpecitos en el tronco. Y claro, pímpate, el fusil se transformó en un hacha y el dibujante en el leñador más forzado de todo el Canadá.

Más adelante saltaron un charquito. Pímpate. El hacha se volvió garrocha y el señor fue un campeón de salto muy aplaudido.

Faltaba poco para llegar a la papelería y Miguel caminaba al compás de “me van a retar, me van a retar, me van a retar”.

Cuando iban a cruzar la avenida, otra vez pímpate, el asfalto se convirtió en ancho mar, la garrocha en un catalejo y el dibujante en pirata Barbarroja.

–¡Atención mis hombres! –gritó mirando por el catalejo y señalando un camión– ¡Se acerca un ballenero a babor!

Entonces de repente se miraron con Miguel y tuvieron un ataque de risa.

Los dos pensaban lo mismo:

“¿Viste qué difícil es caminar con un rollo de papel que, pímpate pámpate, te da tantas ganas de jugar?”

Y llegaron a la papelería, pero el dibujante, en vez de protestar, se compró otro papel.

El rollo se lo regaló a Miguel. ¿Para qué?

-Ya sé, esta noche se me vuelve telescopio y espío las lechuzas de la Luna.

Pímpate.

Cuento con ogro y princesa de Ricardo Mariño

Fue así: yo estaba escribiendo un cuento sobre una Princesa. Las princesas, ya se sabe, son lindas, tienen hermosos vestidos y, en general, son un poco tontas. La Princesa de mi cuento había sido raptada por un espantoso Ogro. El Ogro había llevado a la Princesa hasta su casa-cueva. La tenía atada a una silla y en ese momento estaba cortando leña: pensaba hacer “princesa al horno con papas”. Las papas ya las tenía peladas.

Es decir había que salvar a la Princesa.

Pero no se me ocurría cómo salvarla. El cuento estaba estancado en ese punto: el Ogro dele y dele cortar leña y la Princesa, pobrecita, temblando de miedo. Me puse nervioso. Más todavía cuando el Ogro terminó de cortar, acarreó la leña hasta la cocina y empezó a echarla al fuego. En cualquier momento dejaría de echar leña y acomodaría a la Princesa en la enorme fuente que estaba a su lado. Agregaría las papas, un poco de sal, y zas, ¡al horno! ¿Qué hacer?

Se me ocurrió buscar en la guía telefónica. Descarté llamar a la policía (en las películas y en los cuentos la policía siempre llega tarde); tampoco quise llamar a un detective (no soporto que fumen en pipa en mis cuentos). Por fin, encontré algo que me podía servir:

“Rubinatto, Atilio, personaje de cuentos. TE 363-9569”

—Hola, ¿hablo con el señor Atilio Rubinatto?

—Sí, señor, con el mismo.

—Mire, yo lo llamaba... en fin, por la Princesa...

—¿Qué le pasa? ¿Está triste?

—Sí, más que triste.

—¿Qué tendrá la Princesa?

—La van a hacer al horno.

—¿Al horno?

—Sí, con papas.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Quién la va a cocinar?

—El Ogro, ¿quién va a ser?

—Pero mire un poco. ¡Las cosas que pasan! Y uno ni se entera. Ya no se puede salir a la calle. Adónde iremos a parar. Casualmente, hoy le comentaba a un amigo que...

—Escúcheme, Rubinatto.

—Sí.

—Lo que yo necesito es que usted participe en el cuento.

—¿Qué cuento?

—En el que estoy escribiendo. Quiero que usted haga de héroe que salva a la Princesa.

—Bueno, no le niego que la oferta es interesante, pero, en fin, últimamente estoy muy ocupado. Tengo trabajo atrasado...

—¿Trabajo atrasado?

—Claro. Tengo que hacer de sapo pescador que se transforma en sardina en un cuento que se llama "Malvina, la sardina bailarina". Además, me falta repartir como treinta cartas en un cuento donde hago de "viejo cartero bondadoso". Es un personaje muy lindo, todos los chicos lo quieren...

—¿Piensa dejar que el Ogro se coma a la Princesa? Usted no tiene sentimientos. Es un monstruo.

—Ya le digo, ando muy ocupado. No sé, si me hubiera avisado con tiempo, lo hacía

gustoso... Llámeme en otro momento.

—¡Qué otro momento! Si esperamos un minuto más, chau Princesita. Rubinatto, usted no puede hacer esto, qué pensarán sus admiradores...

—Es cierto...

—Van a pensar que usted es un cobarde, un...

—Está bien, está bien. Veré qué hago. No, usted tiene que decirme qué hago, ¿qué hago?

—Y... puede hacer de vendedor de manteles. Ahí está. Listo. Usted hace de vendedor de manteles. Llega hasta la casa del Ogro. Llama a la puerta. Cuando el Ogro abre, usted le da un par de sopapos. Después desata a la Princesa y escapan... ¿qué le parece?

—¡Ni loco! ¿De vendedor de manteles? De Príncipe o nada. Y al final, después que la salvo, me caso con ella.

—No, de vendedor de manteles.

—¡De Príncipe!

—¡Vendedor de manteles!

—¡Príncipe o nada!

—Está bien, haga de Príncipe... me va a arruinar el cuento, pero por lo menos salva a la Princesa.

Y llego en un caballo blanco y tengo una gran capa dorada.

—Sí, todo lo que quiera, pero apúrese porque si no...

—Y ahora la meto en la fuente y listo —dijo el espantoso Ogro, pellizcando el cachete de la Princesa.

En eso se escuchó que alguien gritaba fuera de la casa-cueva:

—¡Ehh! ¿Hay alguien en la casa?

¿Quién sería? El Ogro se asomó a la ventana. Vio que del otro lado de la verja de su casa-cueva había un tipo muy extraño montado en un caballo blanco. Llevaba una capa dorada pero se notaba que se había vestido de apuro. Tenía la ropa mal puesta, la camisa afuera, una bota sin atar, y el pelo desprolijo.

—¿Qué quiere? —le preguntó el Ogro desde la ventana.

—Soy el Príncipe Atilio.

—¿Y a mí qué me importa? —contestó el maleducado del Ogro.

—Es que ando vendiendo manteles...

—Manteles, ¿eh?

—Sí. Tengo algunos en oferta que le pueden interesar. Lavables. Estampados. Confeccionados en fibras de tres milímetros. En cualquier negocio cuestan dos o tres pesos. Yo, el Príncipe Atilio, se lo puedo dejar en tres centavos.

El Ogro lo pensó. La verdad que no le venía mal un lindo mantelito. La cueva estaba hecha un asco. Y ya que se iba a dar un festín de “princesa al horno con papas”, ¿por qué no estrenar un mantelito si estaban tan baratos?

—Espere. Ya le abro —dijo por fin el Ogro.

Atilio bajó del caballo.

Acá viene la parte de las piñas.

—Tomá. Agarrá el mantel —le dijo el Príncipe Atilio.

Cuando el Ogro lo agarró, le dio una trompada que lo hizo volar exactamente 87 metros y 34 centímetros. Pero el Ogro se levantó, arrancó un sauce de más de 3.600 kilos y se lo dio por la cabeza al Príncipe. Antes de que el Ogro saltara sobre él a rematarlo, el Príncipe agarró una piedra de más o menos cuatro mil kilos y se la tiró sobre el dedito gordo del pie derecho. El Ogro la esquivó y rápidamente hizo un pozo en la tierra de un metro y medio de diámetro y diez metros de hondo, para que el Príncipe cayera adentro.

Era una pelea muy dura.

El Príncipe, queridos lectores, desgraciadamente cayó al pozo.

El Ogro volvió contento a su casa.

Pero cuando llegó, la Princesa ya no estaba. La había desatado el caballo blanco del Príncipe. La Princesa subió al caballo y juntos fueron a sacar al Príncipe Atilio del pozo.

—Amada mía —le dijo el Príncipe Atilio desde allá abajo al reconocer el rostro angelical de la Princesa.

—Amado mío —respondió la Princesa.

—He venido a salvarte —le dijo el Príncipe.

—¡Oh! ¡Qué valiente!

—He venido por ti.

—Has venido por mí.

—Pero si no me sacas de aquí, no podré salvarte.

—Oh, si no te saco de ahí, no podrás salvarme.

—Amada mía.

—Amado mío.

—¿Por qué no se apuran un poco, che? —se quejó el caballo—. Va a venir el Ogro y este cuento no se va a terminar nunca.

Huyeron.

Se casaron, fueron felices, pusieron una venta de manteles y nunca se acordaron del Ogro.

FIN